

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 55.—BARCELONA 19 DE JUNIO DE 1915



Un batallón infantil italiano

CRÓNICA INTERNACIONAL

I. Momentos de confusión.—II. El servicio obligatorio en Inglaterra.—III. Italia

I.—Momentos de confusión

¿Qué misión es esa de que está encargado Herr Denburg, enviado a Europa por el embajador de Alemania en los Estados Unidos, que a petición del presidente Wilson, el gabinete británico le ha entregado un salvo-conduto para que se pueda trasladar sin entorpecimientos a su país? No se necesita ser muy ducho en achaques diplomáticos para comprender que en esa misión están interesados, no ya los Estados Unidos, sino la misma Inglaterra. ¿Vendrá acaso de América el primer rayo de luz que disipe las tinieblas de la guerra? Trátese simplemente de buscar nuevos métodos o hallar otras formas para el bloqueo submarino, o se persiga un fin de más alcance, lo indudable es que Inglaterra, Alemania y la gran república americana han llegado a un acuerdo en un punto concreto, y que ese acuerdo no se ha mantenido oculto ni se le ha querido disimular. Y para poner término a una guerra, lo difícil es el primer paso; después, el camino es más llano.

Tampoco debe quedar inadvertido el detalle de que en el telegrama de felicitación de Poncairé al

rey Jorge, con motivo del cumpleaños de este último, no se hizo alusión al ejército británico, ni se mencionó la circunstancia de que peleara al lado de los franceses; es verdad que el rey Jorge, al contestar, no olvidó esta circunstancia, que se está repitiendo hace diez meses en todos los despachos que se dirigen los jefes de los Estados aliados.

Lo más significativo es la actitud general que últimamente ha adoptado la prensa inglesa. Hay que conocerla mucho y leerla desde largo tiempo para darse cuenta del cambio; pero éste es evidente y notorio. No se han omitido en los periódicos aquellos relatos retumbantes de hazañas y proezas de las tropas británicas, ni se deja de atacar al adversario; pero se le dice al país cuán difícil será llegar a una paz victoriosa y cuánto tiempo y cuántos sacrificios de todos los órdenes serán menester para derrotar al enemigo; al mismo tiempo se le da a entender al pueblo que no espere nada de Rusia y que confíe poco en la ayuda de Italia. Coincidiendo con este cambio de orientación, la prensa alemana ha moderado un poco su campaña contra Inglaterra, y se revuelve airada contra Italia.

Finalmente, la enfermedad del ministro de Negocios Extranjeros, Sir Grey, que ha tenido que ser substituído en sus funciones, aunque con carácter temporal, por otro de sus colegas, aparta por el momento de la escena a uno de los personajes más odiados por los alemanes; su presencia en el Gobierno es un grave obstáculo para poner los primeros jalones de la paz; si al volver a su puesto encuentra el camino abierto, no le será tan violento continuar la orientación que otro tomara.

De estos hechos, y otros menos importantes, se deduce que la paz flota ya en el ambiente internacional, y que no pocas personas que en Alemania e Inglaterra se hubieran encolerizado si hace tres meses se les hablara de un acuerdo con el adversario, admiten ya en su fuero interno esta posibilidad. La guerra va caminando lentamente hacia su decisión, y antes de que ésta llegue es natural que los poderosos procuren salirse del conflicto con los quebrantos mínimos. Todo esto de diez años de guerra y de que la lucha no terminará hasta que Inglaterra o Alemania sean completamente aplastadas, es muy propio para mantener vivo el espíritu público en los países beligerantes, pero no engaña a los que, por fortuna, vemos el incendio de lejos. Hay Gobierno que, sin desatender la guerra, se está preparando ya para la paz.

II.—El servicio obligatorio en Inglaterra

Estrechamente ligado con el punto anterior se encuentra la cuestión del servicio obligatorio en Inglaterra. La opinión fué sabia y escrupulosamente tanteada, y se declaró contraria a la prestación personal, que pugna con una tradición secular, con las libertades individuales y con la situación del Imperio, no amenazado seriamente como lo están los demás países beligerantes. Se han expuesto, todavía, otras razones, no siendo la menos peregrina la de una parte de la prensa liberal, cuyo partido tiene mayoría en el Parlamento, que argumenta de este modo: Inglaterra está siendo el banquero de todos los aliados, y para que pueda continuar suministrando los inmensos recursos pecuniarios que la guerra exige, es necesario que su comercio y su industria no se paralicen, que funcionen con tanta o mayor actividad que antes de la guerra, lo que no podría suceder si se le restaran brazos para enviarlos al ejército; es verdad que la guerra se hace con hombres, pero también con dinero; si Inglaterra facilita este último, es justo que la otra pesadumbre recaiga sobre los aliados.

No se irá, pues, al servicio militar, sino a la organización de las fuerzas vivas del país para la guerra; se trata de que el Gobierno ponga mano e intervenga en las fábricas y manufacturas, y que el pueblo inglés obre, por lo menos, de manera que los combatientes no carezcan de elementos de guerra, ni dejen de cubrirse las bajas en el ejército por falta de voluntarios en número bastante. Este punto de vista del gabinete británico es un término medio prudente, acertado y en armonía con el modo de ser del país.

Se evita, además, el fracaso previsto e inevitable del servicio obligatorio, lo que no dejará de desanimar al pueblo e inclinarle a la paz a cualquier pre-

cio. Porque dicha clase de servicio requiere bastantes años para su implantación: han de formarse cuadros, que no se improvisan, numerosísimos de jefes, oficiales y clases; se han de construir cuarteles, hospitales, almacenes, parques, etc.; se han de construir cañones, fusiles, municiones, equipos, vestuario y otros efectos, en cantidades prodigiosas; se han de llenar los almacenes y, en una palabra, cambiar radicalmente la fisonomía de la nación. Y como todo esto no podría ser ejecutado antes de que termine la guerra, por mucho que se prolongue, es de presumir el desencanto que sufrirá Inglaterra y la depresión en el espíritu público que sobrevendría.

Obra con sabiduría el Gobierno británico, encauzando el problema por los nuevos derroteros expresados.

III.—Italia

Desde Alemania a Serbia y desde Inglaterra a Turquía, ninguna de las naciones en guerra se ha substraído, ni podía substraerse, a la debilidad humana de sentir de un modo y expresarse de otro. Si diéramos crédito a lo que nos cuentan los periódicos, Europa es un país de héroes y heroínas y nadie piensa en la paz, sino en matarse y arruinarse. Era imposible que Italia se substraiera a esta tentación, innata en los individuos desde los primeros años de la guerra.

Pero Italia es todavía novicia en estos menesteres que acompañan a la guerra, y los espectadores desapasionados hemos aprendido mucho en los pasados diez meses. Lo que antes nos sobrecogía y estremecía, ahora nos inspira lástima; las noticias sensacionales que nos dejaban suspensos, apenas merecen ya una sonrisa. Los puntos flacos de los poderosos se nos han presentado cubiertos con ropajes tan transparentes, que al ocurrir cualquier hecho de armas o novedad internacional, sabemos por anticipado y de memoria los comentarios que hará la prensa de cada nación.

La intervención de Italia nos ha cogido, pues, muy prevenidos y aleccionados. Por si esto fuera poco, Italia, por haberse mantenido neutral tanto tiempo, ha dado a conocer fuera del reino las múltiples divergencias y modalidades de opinión que dentro de sus fronteras se albergaban; y como país eminentemente meridional que se reprime difícilmente sus sufrimientos, no hace virtud del silencio ni se conduce en la vida popular con aquella especie de estudiada despreocupación, propia de los países germanos y sajones.

Con estos precedentes, débiles indicios permiten fundar una opinión, que acaso no se traduzca en hechos tangibles e inmediatos, pero que no está lejos de la realidad. El instinto popular italiano ha comenzado a reaccionar, y empieza a comprender que sus arrebatos de entusiasmo le llevaron demasiado lejos; los hombres públicos tampoco se expresan con aquel aplomo de quien se lanza a una aventura belicosa con la seguridad en el triunfo. El buen juicio se va imponiendo, como no podía menos de ser.

Por desgracia, es tarde para desandar el camino. Bueno es, sin embargo, el referido estado de cosas, porque tal vez se prestara a una paz pronta, aprove-

chándose para el caso cualquier contingencia favorable que ocurra antes de otoño.

F. LARIN.

LAS BATALLAS DE GALIZIA

(Comunicado del gran cuartel general alemán)

Una completa sorpresa habían causado al enemigo a últimos de abril las grandes expediciones de tropas alemanas que fueron enviadas a la Galizia occidental. Estas tropas que estaban sometidas al mando del general von Mackensen, habían roto el frente ruso entre la cúspide de los Cárpatos y el intermedio Dunajec en unión con los ejércitos de nuestros aliados austro-húngaros. El problema era nuevo y los deberes difíciles. El cielo concedió a nuestras tropas un sol espléndido y camino seco. Entonces los aviadores y la artillería podían efectuar su ardua misión, y las dificultades del terreno, que presenta el carácter de las montañas avanzadas de los Alpes alemanes o las montañas de Horsel en Turingia, fueron superadas. Bajo las mayores fatigas debían transportarse sobre animales de carga a diferentes posiciones las municiones, las columnas y baterías debían avanzar por entre montañas. Todas las investigaciones y preparativos necesarios para el rompimiento se efectuaron sin dificultad en forma silenciosa.

El 1 de mayo por la tarde, comenzó la artillería a cañonear las posiciones rusas. Estas estaban construídas desde cinco meses con todas las reglas del arte. En forma de pisos estaban situadas sobre las cúspides escabrosas de la montaña y de sus pendientes preparadas sucesivamente muy bien con obstáculos; en algunos puntos del terreno especialmente importantes se habían dispuesto hasta siete líneas sucesivas de trincheras. Las construcciones estaban muy bien situadas y podían flanquearse mutuamente. La infantería de las tropas aliadas durante las noches que avanzaban al ataque, se aproximaban al enemigo y construían las posiciones de asalto. En la noche del 1 al 2 de mayo, la artillería cañoneó lentamente las construcciones enemigas; pausas intercaladas en el fuego, sirvieron a los pontoneros para cortar las alambradas.

El 2 de mayo a las seis de la mañana, comenzó a lo largo del frente el rompimiento, extendiéndose muchos kilómetros en muy vigoroso fuego de artillería de los cañones de campaña y hasta de los de calibre más grueso, el que continuó sin interrupción por espacio de cuatro horas. A las diez de la mañana callaron repentinamente los cientos de bocas de cañones y, en el mismo momento, se desplegaron en líneas de guerrillas y columnas de asalto del invasor a las posiciones enemigas. El adversario fué quebrantado por el fuego de la artillería pesada, de modo que en algunas posiciones su resistencia fué solamente muy poca. En la huida aturdida, abandonó sus fortificaciones, fusiles y utensilios de cocina cuando la infantería de los aliados logró acercarse a sus fosos, dejando tras de sí inmensas cantidades de municiones de infantería y numerosos muertos en las trincheras. En una posición cortó él mismo las alambradas para rendirse a los alemanes. Muchas veces no pre-

sentó en sus cercanas líneas segunda y tercera, ninguna resistencia notable; por el contrario, en otras posiciones del frente del rompimiento se defendió desesperadamente intentando una encarnizada resistencia.

Los regimientos bávaros que operaban en unión de las tropas austro-húngaras, atacaron el monte Zemsczyko, que era una fortaleza, a unos 250 metros sobre sus posiciones. Un regimiento de infantería bávaro alcanzó allí inolvidables laureles. A la izquierda de los bávaros los regimientos silesianos, atacaron las alturas de Sekowa y Sokol. Regimientos bisoños arrebataron al enemigo la altura del cementerio de Gorlice, defendida enérgicamente, y el dique de la vía férrea de Komieniza, luchando tenazmente. Los regimientos galizianos de la secciones de tropas austro-húngaras habían atacado y asaltado las posiciones altas situadas en la pendiente del monte Pustki y las tropas húngaras tomaron en ardientes combates la altura Wiatrowka. Los regimientos de la guardia prusiana arrojaron al enemigo de las posiciones altas al este de Biala y atacaron cerca de Staszkwka siete líneas rusas defendidas tenazmente, que estaban las unas detrás de las otras. Un gran manantial de naftalina situado detrás de Gorlice se incendió, cosa que pudo efectuarse o por los mismos rusos o porque cayese una granada. Las llamas alcanzaron una altura desde lo profundo como si fuesen casas, y columnas de humo de muchos cientos de metros tendían hacia el cielo. En la noche del 2 de mayo, el ardiente sol de primavera que poco a poco comienza a ocultarse, dando paso a una noche fresca, la primera posición principal fué rota en toda su longitud y profundidad en una extensión aproximada de 16 kilómetros y alcanzándose una ganancia de terreno de cuatro kilómetros por término medio. Quedaron en posesión de las tropas aliadas por lo menos 20.000 prisioneros, muchas docenas de cañones y unas cincuenta ametralladoras, que se habían obtenido en combates por alcanzar la palma de la victoria. Además fué conquistado todavía una inmensa cantidad de material de guerra de toda clase, entre el cual se encontraban grandes cantidades de fusiles y munición.

II

En la noche del 2 de mayo, no sólo fué logrado romper por las tropas aliadas el frente ruso entre la cúspide de los Cárpatos y el intermedio en Dunajec, sino que también fué obtenido el paso de este río para ganar la orilla oriental. Las tropas austriacas habían forzado el paso de Dunajec en la noche del 1 al 2 de mayo alumbradas por la luna. La empresa fué tan bien preparada y ejecutada que el enemigo situado enfrente, quedó completamente sorprendido. Casi más de mil prisioneros se hicieron, y se conquistaron numerosos cañones y ametralladoras.

El 3 y 4 de mayo, la batalla del rompimiento continuó. Era todavía el 2 de mayo y se había rendido primeramente la posición avanzada principal de los rusos y éstos habían preparado hasta Wisloka, esto es, en un trayecto de unos 30 kilómetros, todavía otras tres posiciones fortificadas, más o menos fuertemente construídas. En la segunda posición

principal rusa encontraron poca resistencia las tropas aliadas. Muchas veces se verificaron aquí los combates con la retaguardia. Los mayores combates tuvieron lugar en aisladas posiciones sobre todo en lugares donde el enemigo había recibido de atrás, refuerzos. Estos combates terminaron de modo que también los refuerzos fueron arrojados en la revuelta de la retirada. Por la tarde las tropas aliadas se encontraban delante de la tercera posición principal del enemigo, contra la cual el ataque no pudo llevarse más a fondo el 3 de mayo. Las tropas del general von de Franzois, combatieron en este día todavía alrededor del monte Wilczak, situado delante de la tercera posición, cuyo monte era la llave táctica para la posesión de la ciudad Biecz. Este monte lo

en estado de tomar la ofensiva. Con las secciones traídas el 3 de mayo, dispusieron de cuatro a cinco divisiones de infantería y cuatro de caballería con las cuales en este día se dirigieron a los atacantes. En un gran arco preparado hacia el sudoeste, que a manera de gran cabeza de puente estaba situado delante de la ciudad Jaslo, a una distancia de 12 a 15 kilómetros, encontramos la tercera posición principal de los rusos. En ella, la altura alrededor de Scerzyny, al norte de Biecz, y las de Ostra Gora, fueron los puntos importantes de defensa. El enemigo hizo en muchos lugares dura resistencia, pero le faltó, como los oficiales prisioneros atestiguaron, toda dirección metódica y unificada. La mezcla de las agrupaciones a consecuencia de los combates el 2 y 3 de



Sacerdote alemán, dirigiéndose a las líneas de fuego

habían organizado los rusos fuertemente de un modo especial. De nuevo sus trincheras se encontraban construidas sucesivamente en forma de pisos. Los rusos intentaron retardar la llegada de las tropas alemanas a este monte, preparándose desde el sur con un contraataque. Pero unos cuantos schrapnelles bastaron para ocasionar su retroceso al ya gravemente conmovido enemigo. En la noche del 3 de mayo cayó Wilczar en posesión alemana. La guardia prusiana tomó después de fogoso combate en el bosque la altura de Lipie. Al ala derecha de las tropas austro-húngaras del ejército del archiduque José Fernando, cupo en este día arrojar a los rusos de las escabrosidades del monte poblado de bosque al este del valle Biala, y ganar más terreno en dirección de Tuchow.

Los rusos que estaban el 3 de mayo todavía en completa desbandada de los días que sufrieron graves derrotas, se creyeron, sin embargo, el 4 de mayo

mayo, había sido ya una cosa muy importante, siguiendo el 4 de mayo el llamamiento o repuesto de las reservas completamente falto de plan. Los refuerzos fueron arrojados al frente por regimientos y batallones aislados, allí en donde la necesidad del momento justamente se ofreciese. El desbandamiento o desorganización había alcanzado un tal alto grado que si el enemigo en una posición del frente del combate presentaba tenaz resistencia, resultaba en vano porque las tropas de derecha a izquierda habían perdido el deseo de combatir e intentaban prematuramente la retirada. De esta manera se probó que la defensa de la tercera posición principal de los rusos era imposible. La guardia prusiana llegó a la noche de dicho día a la región de Scerzyny. El regimiento de milicia húngara se posesionó después de siete ataques de una altura al norte de Biecz, con lo que la guarnición de la vecina altura se rindió. Además se enviaron tropas alemanas atacantes, justamente

para el avance en Ostra Gora, cuando el enemigo conmovido por el fuego de artillería pesada desplegó bandera blanca y se rindió en tropel antes que un infante alemán hubiese entrado en ataque.

En la noche del 4 de mayo el ala derecha del ejército de von Mackensen, había llegado hasta unos kilómetros del Wisloka. Se calculó que habría nuevas posiciones enemigas en la orilla oriental de este río. También los prisioneros habían atestado que los rusos obligaban a los habitantes del país a construir rápidamente parapetos de hormigón. Pero para el ejército ruso del antiguo embajador en Bulgaria de la corte del Zar, el actual general ruso y distinguido príncipe jefe de ejército Radko Dimitriew, no había tiempo que perder; las re-

de rompimiento de Gorlice-Tarnow. En un ancho frontal de 160 kilómetros el enemigo se batió en retirada; las posiciones cortadas de los rusos estaban situadas ya a 30 kilómetros detrás del vencedor que había emprendido la persecución en toda la línea. Esta persecución produjo en todo el frente el más opimo fruto.

El 6 de mayo por la tarde, el cuerpo austriaco de avance en unión con el ala derecha del general von Mackensen, detuvo la retirada de la 48 división rusa haciendo prisioneros un general, un coronel y unos 3.000 hombres y conquistando a dicha división 16 cañones de campaña, 6 obuses completamente nuevos, innumerables coches de munición y utensilios de guerra de toda clase. El 7 de mayo aparecieron



Dyemal Bajá, con el coronel alemán jefe de Estado Mayor, pasando revista a las tropas turcas de Palestina

servas fueron agotadas, nuevas agrupaciones de tropas no estaban a disposición y la ofensiva de los aliados no tropezó ya con obstáculos.

Hasta la noche del 4 de mayo, la cantidad de los prisioneros había ascendido a unos 40.000. Entre los oficiales cosacos prisioneros fueron cogidos analfabetos, cuyo hecho digno de atención encontró su confirmación en una nota expresada en los papeles personales de estos oficiales.

La persecución del ejército ruso

Cuando el 6 de mayo el ejército del general von Mackensen, había pasado el Wisloka, y el ejército del príncipe heredero, después de la conquista de Tarnow, había obligado al enemigo a la evacuación de toda la línea Dunajec hasta la desembocadura del Vístula, podía darse como terminada la batalla

los restos de esta división en la cúspide de Hyrowa-Gora, delante de las tropas del general von Enmich. Por un parlamentario alemán se exigió al comandante de la división rendirse, y declarando éste que no podía hacerlo, abandonó su mando y desapareció con su Estado Mayor en los bosques. Se rindieron al cuerpo de von Enmich 3.500 hombres. Después de cuatro días de vagar por los Cárpatos, se rindió a una sección de tropas austriacas el general de infantería von Korniloff el 12 de mayo con todo su Estado Mayor.

El 8 de Mayo, el tercer ejército austriaco, Boroewic, había hecho ya 12.000 prisioneros. El general von Enmich pudo informar también en este día haber cogido 4.500. El día 6 de mayo, un pequeño escuadrón húngaro que fué protegido por una sección ciclista alemana, había rechazado de Krosno tres escuadrones rusos y con esto fué conquistado el pri-

mer paso de Wislok. (No se debe confundir con el Wisloka). En la ciudad fué conquistado mucho material sanitario y de asistencia. En cooperación muy estrecha con tropas alemanas fué repelido también el enemigo el 6 de mayo de las alturas dominantes de la orilla oriental.

La guardia encontró en su avance hacia Wislok, 9 cañones rusos y 21 carros de munición, los que el enemigo había abandonado en su apresurada huida. La guarnición de Odrzykon que quería impedir a la guardia el tránsito sobre el río, se rindió. La cantidad de los prisioneros importó el 8 de mayo 3.000. El día próximo se rindieron a un regimiento de la guardia que había llegado a espaldas de una retaguardia enemiga y fué sorprendida cerca de Tropie, 12 oficiales, 3.000 hombres y se conquistaron 6 cañones. Como botín de este día llegaron de otra parte, otros 2.000 prisioneros más, 8 ametralladoras, un cañón y muchos carros llenos de cartuchos. En el ejército del príncipe heredero ascendió la cantidad de prisioneros hasta el 9 de mayo por la noche a 20.000 hombres.

Delante del ejército de Boroewic, retrocedió el enemigo de los Cárpatos muy apresuradamente en dirección al noreste. Por lo tanto, el enemigo que tuvo desde el principio la constante intención de sostener la línea del Wislok, se vió obligado a abandonarla por la presión de persecución continuada de los aliados. A pesar de que el 9 y 10 de mayo tuvo lugar un gran ataque ruso contra el ejército de von Mackensen, siguió sin cesar la retirada en todo el frente de los Cárpatos para poder sostenerse en el río. En la región de Sarok, los rusos reunieron dos divisiones aglomeradas apresuradamente, con las cuales el 9 y 10 de mayo atacaron a Besko y las alturas allí situadas, mientras que más al norte, aproximadamente una división con dos regimientos de la guarnición de la fortaleza de Przemyśl, se destinaron a un contraataque hacia las tropas austro-húngaras. El éxito de este último ataque ejecutado en dirección a Krosno, fué un completo fracaso, en el que de un regimiento venido de Przemyśl, fueron cogidos 1.800 prisioneros y 20 ametralladoras. Los ataques rusos en Besko, terminaron con una grave derrota rusa.

Después que el asalto fué rechazado y quedaron tendidos en tierra 500 rusos muertos delante del frente, las tropas del general von Enmich marcharon al ataque.

Los rusos se retiraron completamente derrotados hacia Sanok de un modo apresurado, donde la persecución por la caballería de los aliados obtuvo grandes resultados. En muchas posiciones los rusos se rindieron, sobre todo en las alturas y en los bosques al sur de Besko. El campo de batalla ofreció en el día próximo un cuadro sombrío. En línea continuada se extendían las trincheras de los tiradores rusos fuertemente construídas. En cada uno de estos cientos de agujeros se encontraba fijo en forma horizontal, cada fusil con la bayoneta puesta, y en el parapeto se veían fusiles metidos en sentido contrario, y cuya caja estaba atada con trapos. Así habían capitulado batallones enteros. Las tropas de los aliados que obtuvieron allí una victoria, cogieron 6.500 prisioneros, 6 cañones y 7 carros de municiones.

Los rusos estaban ahora en completa retirada hacia el bajo San. Todo el 8.º ejército ruso evacuó los Cárpatos; pero también los rusos al norte del Vistula, retrocedieron desde el Nida en dirección oriental. El efecto del rompimiento logrado se hizo más visible en un ancho frontal de más de 300 kilómetros.

La derrota de Dimitriew

Mientras que los ejércitos vecinos pudieron ejecutar su retirada todavía con un orden proporcional, la disgregación del resto del ejército de Radko Dimitriew, derrotado definitivamente, había alcanzado un grado alto. Completamente confundidos retrocedían paulatinamente los restos en dirección noreste. La 49 división rusa pudo salvar de toda su cantidad de cañones solamente 4, y una división caucásica llevó consigo de 36 sólo 9. Además la cohesión rusa estaba completamente confundida pues la ejecución de las órdenes y conservación de la unión entre las secciones de tropas, había desaparecido. El cuerpo del ala derecha del ejército del príncipe heredero José Fernando, cogió en un día especial de persecución prisioneros de 51 diferentes regimientos rusos. En la noche del 10 de mayo, la cantidad total de prisioneros que los ejércitos aliados habían cogido en la Galitzia occidental, ascendió a más de 100.000; la cantidad de cañones conquistados subió a unos 80, y las ametralladoras conquistadas más de 250.

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

Más papistas que el Papa

—¿Qué pensaría V. de mí, señor A, si ante un público en que figuraran algunos médicos, me pusiera a perorar con tono doctoral de asuntos de medicina?

(El señor A).—Lo menos que creería es que...

—Que era un osado ¿no es verdad?

(El señor A).—Exactamente.

—Y que me ponía en ridículo, además. Y en general el mismo concepto merece todo aquel que no se atiene al precepto perogrullesco que reza: zapateo, a tus zapatos.

(El señor B).—¿A qué viene eso, don Subrio?

—Obedece a que estoy ahito de leer en los periódicos frases como éstas: «El objetivo de los alemanes o de los aliados es tal o cual»; éste o el otro avance no tiene importancia»; «ha fracasado el general Hindenburg porque no ha entrado todavía en Varsovia»; «la derrota alemana de Caiency es acaso el hecho más glorioso de esta guerra», y otras sutilezas, de algún modo hemos de llamarlas, por el estilo.

(El señor B).—¿No podemos, por ventura, manifestar nuestras opiniones?

—Las opiniones son una cosa y las afirmaciones otra. Ni por casualidad leerá V. que alguno de esos maestrillos que sólo saben algo de sintaxis, pero que ignoran lo que es un soldado, escriba que a su juicio o que en su entender ha ocurrido esto, lo otro o lo de más allá; cuanto más ignorantes son, más dogmáticamente afirman. Es triste cosa que todo el que sabe escribir con cierta soltura, se crea omnisciente

y pedagogo. Así, vemos literatos cuyo mérito, que no regateo, consiste en desempolvar novelas del siglo XVII, hablar enfáticamente de medicina y de filosofía; otros, que jamás han saludado la historia y que ni bachilleres son, se entrometen en cuestiones de nacionalidad y de raza; y los más desaprensivos se erigen en estrategas. ¿No se dan cuenta de que se ponen en evidencia y provocan la risa de los que saben más que ellos? ¿Creerán los tales que todo el monte es orégano y juzgarán a los demás con el humildísimo raseo de sí mismos?

(El señor A).—No hay para tanto, don Subrio. Tal vez, tal vez, se ha hecho V. también culpable de lo mismo que censura.

—¡Yo! ¡Jamás! ¿Podría V. citarme una sola palabra mía enderezada a dar lecciones a nadie? ¡Si, cabalmente, lo único que hago es mofarme de los que se entregan al juego de los disparates!

(El señor B).—Vamos a ver, don Subrio. ¿No anda V. siempre a vueltas con los ingleses? ¿No niega V. sus victorias?

—¿Por qué las he de negar, si no existen?

—(El señor B).—¿Lo ve V? ¡También V. se erige en dómine!

—Pero, vamos a cuentas, señor mío: ¿le parece a V. que yo he de dar crédito a los avances de los ingleses en Festubert, y a las victorias de Iprés, de Mons y de San Quintín? ¿No está diciendo el mapa que desde el 21 de agosto de 1914 no han hecho más que retroceder, primero a la carrera y luego lentamente?

(El señor A).—¿Desconocerá V. que la estrategia...

—Esa estrategia no es la militar, es la que han creado para su uso aquellos escritoruelos a que antes me refería.

(El señor B).—Ellos afirman y V. niega; tan exagerados son los unos como el otro. Todo se reduce a que yo creo lo que me cuentan...

—Siempre que ello sea de su gusto, señor B, porque si no, vuelve V. la hoja.

—(El señor B).—Lo mismísimo hace V.

—Se equivoca V. por completo, y se lo voy a demostrar. Oiga V. lo que ha dicho en un discurso, nada menos que el Speaker del Parlamento, mister Lowther: «El pueblo ha sido llevado demasiado lejos por las pinturas de color de rosa que de tiempo en tiempo da la prensa sobre las victorias de nuestros ejércitos. Se le habla de conquista de trincheras, pero rara vez de su pérdida, aunque a veces se entera de que han sido reconquistadas trincheras que ignoraba se hubiesen evacuado. Se ha hecho creer al pueblo que todo era llano, que todo iba bien y que terminaría de un modo satisfactorio y relativamente pronto. Por el contrario, la lucha es de tal naturaleza que ha de poner a prueba las inteligencias y los músculos de casi todos». De modo, señor B, que yo, que soy neutral ¿me he de tragar las cullebras que los mismos ingleses rechazan? ¿Qué dirán esos osados sabihondos que hablan de lo que no entienden y quieren convencernos de unas victorias que tienen escamados, con harta razón, a sus ídolos?

—(El señor A).—No obstante, en conjunto la situación de la Gran Bretaña es, más que buena, excelente.

—¡Oído a la caja, señor A! Fíjese V. bien en los

siguientes párrafos de un artículo del *Times*, y lea V. entre líneas: «Pocas personas han llegado a comprender, recientemente, cuán dura es la misión de las considerables fuerzas británicas e indostánicas que, después de sus valerosas conquistas, están ahora atrincheradas en la garganta del golfo Pérsico. Su situación es buena, pero no demasiado buena. Más de una vez han infligido duros golpes sobre los turcos y las partidas indígenas, pero ahora se mantienen en un clima de prueba y en la peor estación del año. Manejos tales como las intrigas turco-germanas en Persia, casi escapan al conocimiento público, aunque tienen marcada significación, como nuestros aliados los rusos han tenido ocasión de comprobar... Estamos perdiendo el sentido de proporción. Cuando los trenes se hacen astillas en el Norte, a consecuencia del más terrible accidente que se recuerda, cuando centenares de hombres son lanzados a la eternidad en la bahía de Sheerness (explosión del crucero auxiliar Irene), contemplamos estas tragedias con desaliuto. Cuando los acorazados se hunden, nos sobrecoge el temor creyendo que disminuye considerablemente nuestro margen de protección en el mar. Y, sin embargo, ha habido recientemente una batalla al otro lado del canal, en la que perecieron más hombres en pocos minutos que en aquellos cuatro desastres juntos; y las pérdidas en aquellos pocos minutos sólo fueron un átomo de las de todo el día. Que tales pérdidas no causen más profunda impresión, es debido en parte a la manera fragmentaria como se dan a conocer, sin duda obedeciendo a necesidades militares que no debemos censurar».

(El señor B).—Bien, pero los rusos...

—Oiga V. lo que dice el famoso coronel Repington, ese crítico que se ha pasado treinta años poniendo por los suelos al ejército alemán, y cuyos artículos desde agosto acá dejan atrás a las fantasías francesas; el coronel dedica una de sus disquisiciones a las operaciones en el sector de Przemyśl, y termina con este párrafo: «Nosotros, los aliados, debemos ayudar en su necesidad a nuestros amigos los rusos, mediante una vigorosa ofensiva, y desde el comienzo de la campaña no ha habido un momento como el actual en que haya sido más necesaria nuestra ayuda a Rusia. La acción de Italia es la que dará más auxilio en este sentido, pero las probabilidades son que la decisión en el teatro oriental se alcanzará antes que cualesquiera operaciones en Italia o Francia puedan influir seriamente en la campaña de Galizia».

(El señor B).—¡Caramba! ¡Esto sí que es una sorpresa para mí!

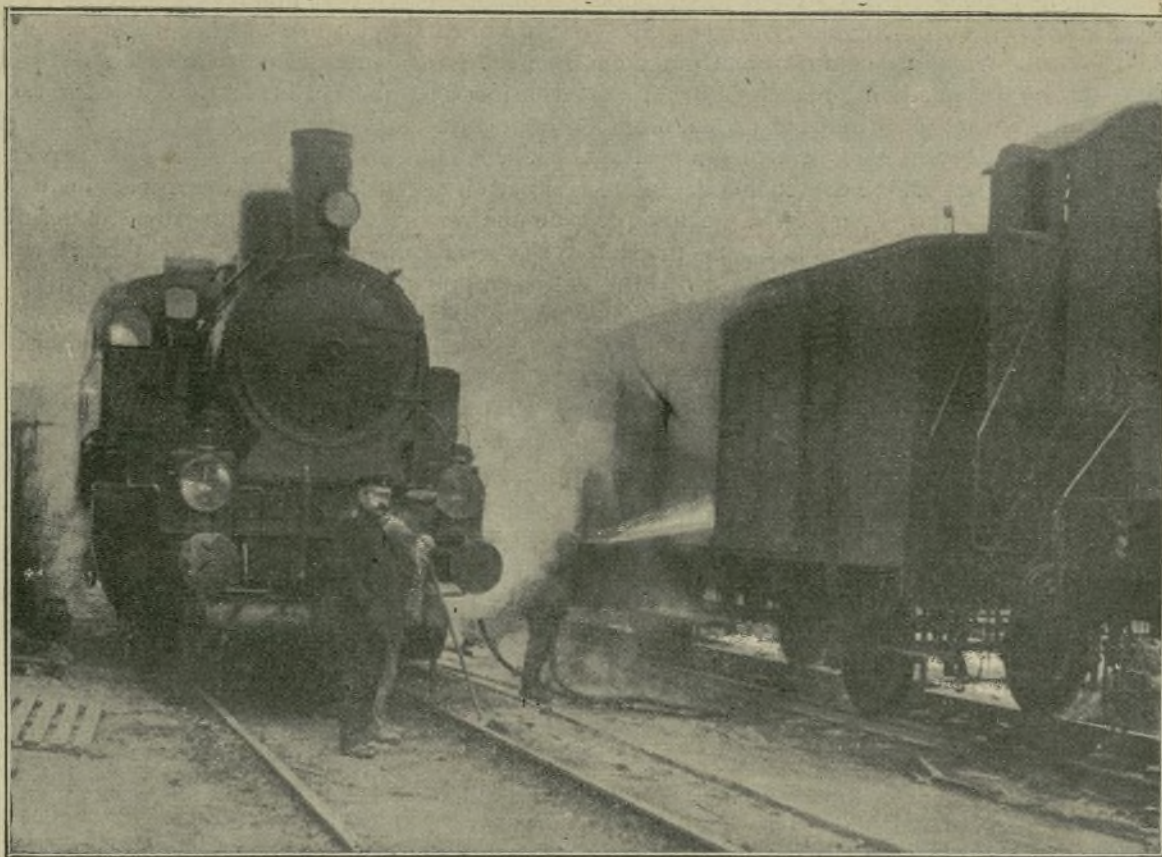
—Pues, si los ingleses se expresan de esta manera ¿hemos de ser tan tontos los españoles que creamos todo lo contrario? ¡Vayan mucho con Dios los plumíferos y no nos corrompan los espíritus!

SUBRIO ESCÁPULA.

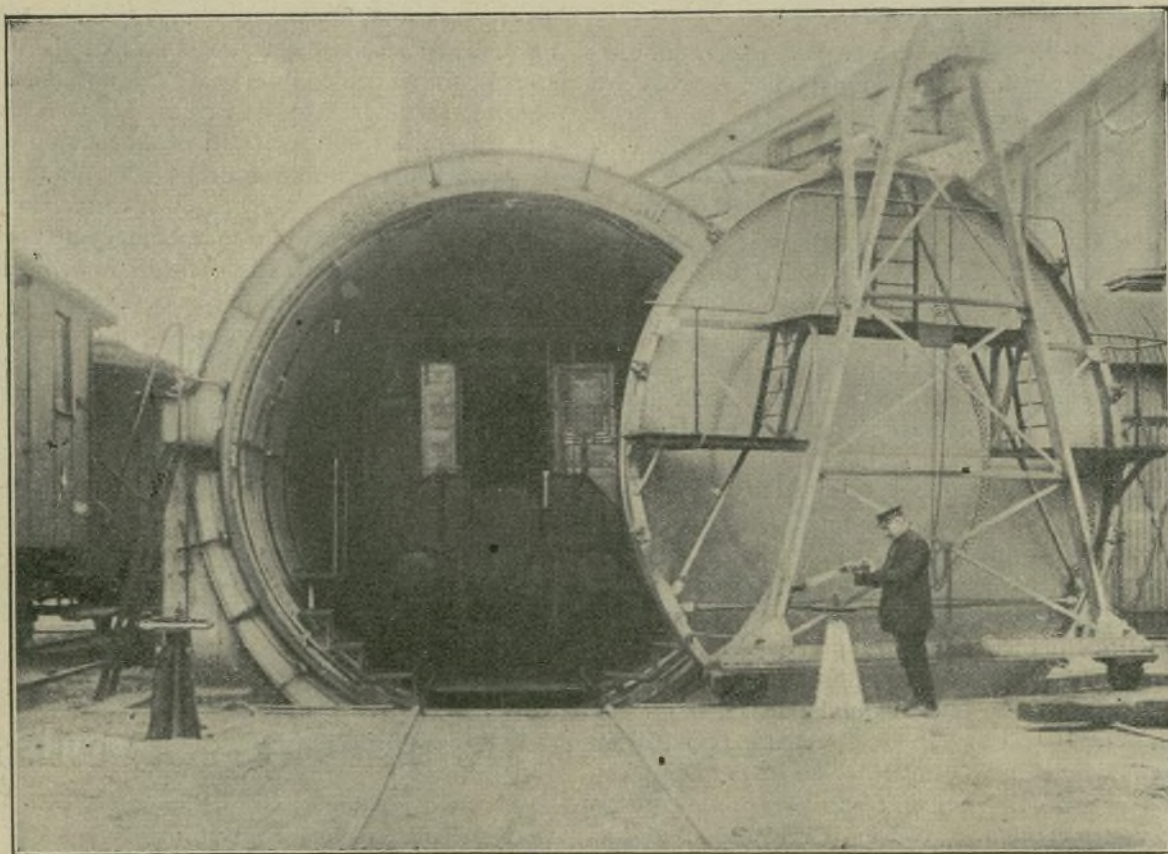
LOS SEDIMENTOS DE LA GUERRA

Como la gota de agua que horada la piedra, así va ejerciendo sus letales efectos la campaña de difamación emprendida hace diez meses contra Alemania y sostenida con una perseverancia y una habilidad dignas de más nobles causas.

En el orden militar, se pregonan todos los días



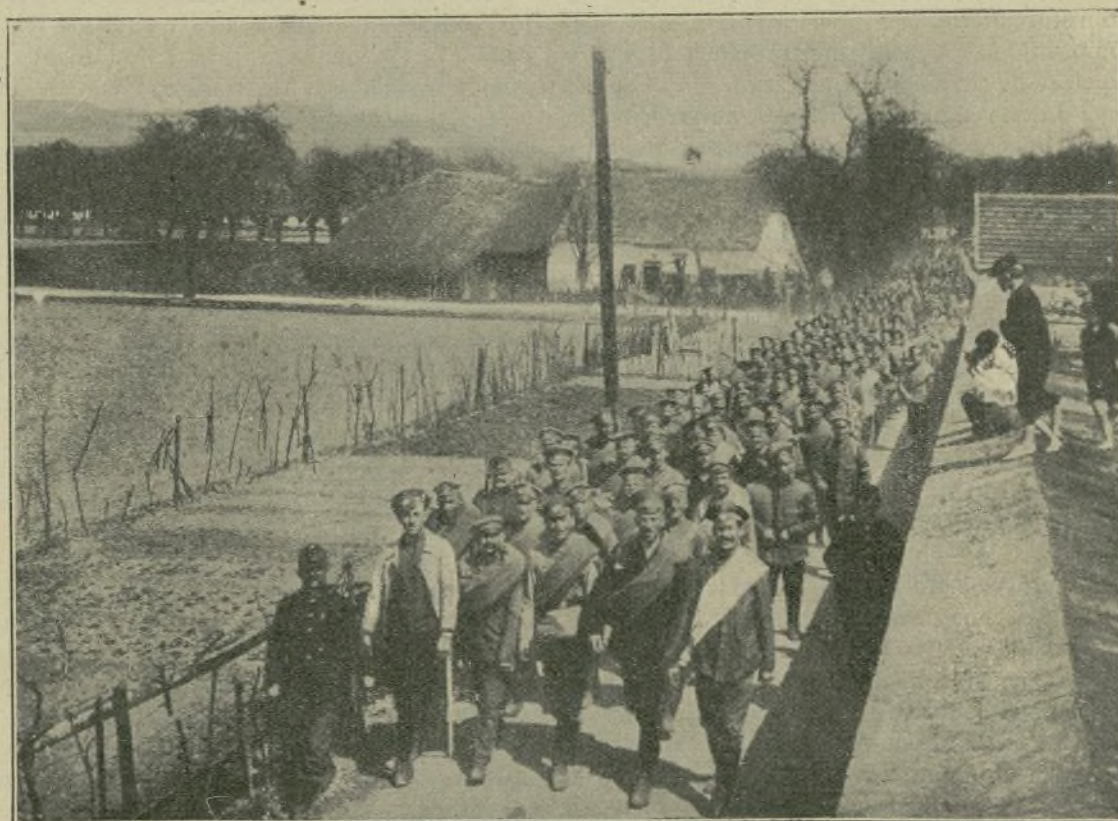
Desinfección de los trenes procedentes de Rusia, en la estación de Postdam



Uno de los vagones procedentes de Rusia, en el interior de la cámara de desinfección, en la estación de Postdam



Parte de la 8.^a división turca, mandada por jefes alemanes, cerca de Jerusalén



Prisioneros rusos, capturados por los austriacos, en marcha hacia la ciudad de Linz

victorias de los aliados; con un desenfado estupendo se niegan hasta hechos tan evidentes como los desastres de los rusos; huyen éstos de río en río y evacúan la mitad de la Galizia, y sin embargo se afirma con aplomo, que sería ridículo si no fuese tan estudiado, que están preparando el sitio de Cracovia y la invasión de Hungría; los triunfos de los aliados en los Dardanelos corren parejas con las aplastantes victorias de los franceses y con los laureles ganados por los rusos. Y para completar el cuadro, los alemanes huyen siempre, están hambrientos y mal vestidos, los soldados son maltratados por su oficialidad, cuyos ocios se emplean en escribir cartas ponderando la bravura de los enemigos y el deplorable estado del ejército propio; los taubes huyen ante los aeroplanos de los aliados, las bombas de los dirigibles matan alguna anciana o algún niño, cuando la muerte de las víctimas no se debe a la caída de una teja desprendida de su lugar por el choque del proyectil... ¿Tiene consecuencias esta campaña? Innegables, gravísimas.

Cierto que las personas ilustradas que poseen mapas y saben leerlos, reaccionan contra unas descripciones tan contrarias a la realidad; pero, ¿cuántos millares y millares de personas hay que ni tienen mapas ni disponen de elementos y juicio bastantes para hacerse cargo por sí mismas de lo que leen? El resultado es, que la historia gráfica vulgar y barata de la guerra, muestra indefectiblemente el triunfo de los aliados y la derrota de los alemanes. Y a copia de extenderse esta versión falsa en libros, folletos, periódicos, grabados y estampas, llega a ganar el espíritu de aquellos hombres que, por sus ocupaciones o idiosincrasia, no pueden dedicar mucha atención a la marcha de la guerra. Como resultado de ello, se consigna el desprestigio de Alemania, en lo que tiene de más robusto y fuerte.

Como hijuelas y compañeras de esa campaña principal, se llevan a cabo otras varias.

En el orden religioso, se recuerda incesantemente la nacionalidad de Lutero y cuál es el país que acogió y defendió la Reforma; se divulgan los pretendidos atropellos de que fué víctima un cardenal primado; se tergiversan e interpretan las evangélicas palabras del Santo Padre, impregnadas en un sentimiento universal de Caridad, se insiste implacablemente sobre el bombardeo de iglesias y catedrales por el odiado invasor; y aquella prensa que defendió la persecución religiosa en Francia, aquel sistema que inventó los retiros en el ejército pronunciados contra los oficiales que practicaban, ellos o sus familias, el catolicismo; el régimen que rompió sus relaciones con el Papado o que no las mantuvo nunca—como Inglaterra y Rusia—finge dolerse de los hipotéticos desmanes que Alemania comete contra la Iglesia y sus ministros. Se recuerda el catolicismo de Bélgica, por aquella misma prensa y aquellos mismos hombres que le asestaban formidables golpes de ariete hace menos de un año; vuelve a agitarse el espejuelo de las matanzas de cristianos en Armenia... ¿a qué seguir? El resultado es que mucha gente cree ya que Alemania personifica la persecución del catolicismo y, en general, de todas las confesiones religiosas.

En el orden sentimental, se ponderan los actos inhumanos cometidos por los submarinos alemanes, la crueldad que lleva consigo el empleo de los gases

asfixiantes, los despiadados ataques de los zeppelines contra poblaciones abiertas e indefensas, y hasta los bombardeos y las cargas a la bayoneta de los germanos, no merecen otro calificativo que el de brutales y bárbaros; otros adjetivos son los usados cuando los franceses arrojan 200.000 granadas sobre un pueblo (Carency) en veinticuatro horas, o ellos y sus aliados pronuncian un ataque! Consecuencia: los alemanes hacen una guerra bárbara y salvaje.

En este mismo orden de ideas, se callan las crueldades inauditas cometidas por los rusos en Prusia Oriental y Galizia, las deportaciones de prisioneros a Siberia y Africa, el internamiento de mujeres y niños alemanes y austriacos, los saqueos y persecuciones en Londres y otras capitales; pero, en compensación no hay espacio suficiente para describir los martirios que los alemanes infligen a los soldados enemigos que caen en sus manos, los asesinatos de mujeres y niños, los suplicios y torturas sin fin a que someten a la población civil de los países ocupados....! Alemania es, pues, una nación inculta, cruel, vergüenza de la humanidad.

En el orden científico, la medicina, la química, la filosofía, la música alemanas carecen de originalidad y de mérito; son meros plagios con que los teutones estuvieron a punto de engañar al mundo; en Alemania no hay sabios, ni personas estudiosas e inteligentes, no hay más que copistas organizados.

Y en el orden político, sabido es en qué lado se encuentran los defensores del derecho, de la libertad, de la justicia, de la democracia...

¿Qué es, pues, Alemania? Una nación de pretorianos, una muchedumbre de feroces siervos sometidos a los caprichos y la tiranía de su Kaiser; una inmensa soldadesca brutal y desenfrenada.

La ola de difamación crece y se extiende. Si en los campos de batalla las bayonetas y el famoso cañón de 75 tienen a raya a los aliados, en los cómodos gabinetes de trabajo y en las suntuosas salas de redacción las plumas, mejor cortadas, van forjando, con astucia sin igual y una perseverancia inconcebible, una opinión amañada, que poco a poco se difunde y arraiga en los rincones más apartados del planeta. Se impresiona, primero, al pueblo y se conquista su corazón; después la semilla florece y las plantas van invadiendo el terreno que parecía mejor protegido contra la cizaña. No se perdona medio: donde no llega el libro, alcanza el folleto, y cuando no el artículo vibrante; si el cuadro no basta, se apela al dibujo, al cinematógrafo, a la caricatura, prosa, verso, fábula y novela, todo se pone al servicio de la misma idea. Los resultados, bien a la vista están.

La guerra terminará. Gane quien gane, esa campaña proseguirá. ¿Qué harán si no esos artistas de la pluma, de la palabra y del lápiz, que se han acostumbrado a sentar su reputación sobre las fibras más sensibles y fáciles de la fragilidad humana? ¿Cómo desandarían el camino andado, y se anularían a sí mismos y reconocerían sus pecados? Los pueblos, por su parte ¿cómo es posible que consigan desprenderse de los sentimientos que les han imbuido? ¿cómo, de pronto, arrojarán ese lastre y abrirán los ojos a la luz? Calumnia, que algo queda, dice el proverbio; y de esa campaña de difamación ha de

quedar mucho y muy hondo. Estos serán los terribles sedimentos de esta guerra.

No hay duda que los alemanes se alzarán contra esa especie de cruzada universal. Si triunfan, se mostrarán implacables y el peso de su furor caerá sobre los que le han causado un daño mil veces peor que el padecido en los campos de batalla. Si son vencidos, estrecharán sus filas, se unirán aún más que antes, y una nueva guerra, esta vez definitiva, asolará el mundo. No será, ya como ahora, una lucha por intereses comerciales, por diferencias de raza y por motivos de nacionalidad. Será la guerra del odio sin límites ni freno, sin piedad ni compasión, la guerra de exterminio.

Debieran haber pensado los propulsores de la campaña de desprestigio, en las consecuencias que forzosamente ha de tener. ¿Están tan convencidos de su vicería ahora y siempre, que creen que los vientos que desatan no serán con el tiempo furiosos huracanes que conmoverán las raíces de su patria? ¿No advierten que hacen imposible toda situación estable después de la guerra; que si pierden serán tratados con inusitado rigor, y que por culpa de ellos sus naciones padecerán más de lo debido y que muchos inocentes serán víctimas de la saña desplegada por los que pretenden dirigir la mentalidad y el corazón del mundo; y que si vencen, su triunfo será efímero y la guerra se renovará una y otra vez, hasta que la nobleza y la alteza de miras substituyan a las pasiones desbordadas?

Mucha prudencia necesitamos todos; y una sabia medida de policía moral sería la que prohibiera la impresión o divulgación de cualquier hecho o noticia que no fuera de carácter exclusivamente militar. Tiempo habrá para que los neutrales podamos formar opinión propia, sin la coacción indirecta y manosa de la astucia de los beligerantes.

LAS DIVERSIONES DEL PUEBLO ALEMÁN

Bajo este título ha publicado *The Times* la siguiente carta de un «redactor neutral».

El único refugio contra el influjo hipnótico de la prensa, se encuentra en los teatros alemanes. Mientras los cinematógrafos están monopolizados por la guerra y «cuadros» del frente de batalla, reales y fabricados, los teatros propiamente dichos, y aun los music-halls, están en diferente plano. Un gran cambio ha tenido lugar en materia de diversiones públicas, desde los primeros meses de la guerra. Hasta en los cinemas y en las innumerables lecturas de guerra que a la luz de proyectores se han dado en todo el país por oradores que han estado en los campos de batalla, el cambio es apreciable. La nota puramente jingoista ya no predomina. Cierta circunspección ha ocupado su lugar. Es verdad que los lugares de diversión atraen ahora más gente que nunca, pero sus representaciones y asuntos son muy diferentes. Son la mejor prueba de la mayor cordura del pueblo.

Advertí por primera vez el cambio en los music-halls, y particularmente en el «Wintergarten» de Berlín. La mitad del público consistía en soldados con licencia, pero el programa no contenía números de guerra. La única alusión a la guerra o a sus personajes—con excepción de unos pocos cuadros del

frente al final de la representación—se daban en canciones cómicas alusivas a Poincaré, el Czar o sir Edward Grey. Yo esperaba que estas canciones darían lugar a una explosión del sentimiento patriótico, a un aplauso caluroso o a otro género de demostraciones, pero me equivoqué. Fueron aplaudidas, desde luego, pero no más que las habilidades de un clown o un pasillo cómico. Los soldados parecían reservados, y su actitud se imponía a la del resto del público. Pregunté a un soldado por qué hacían tan poco efecto las ironías sobre los jefes del enemigo y me contestó que en el curso de las operaciones él y sus camaradas habían formado, acerca del enemigo, un juicio diferente del expresado por los periodistas y literatos; deseaban gozar con algo que no fuera la guerra, en las pocas horas de asueto que disfrutaban antes de regresar, tal vez para siempre, al teatro de la guerra.

Al principio de la guerra, estos mismos music-halls se llenaban de gente bulliciosa que bebían con patriótico entusiasmo. Ahora la gente bebe su cerveza, come sus panecillos, fuma sus cigarros suaves y se divierte sin manifestaciones ruidosas. Lo mismo acontece en Dresden, Munich y otras grandes capitales. El contraste me pareció muy sorprendente.

Los literatos amigos míos me explicaron que en los teatros había ocurrido un cambio análogo. Al principio, en ellos, como en el resto del país, se desató el entusiasmo bélico. La movilización, las primeras batallas, todo el panorama de la guerra, fueron reproducidos y proyectados sobre el lienzo. No se comprendía la grave seriedad de la lucha; se la consideraba como un melodrama sentimental.

En el pasado otoño, los títulos de las piezas eran de este tenor: *Berlín en campaña*, *El valiente bárbaro*, *El llamamiento del Kaiser*, *Los bárbaros*, *Mi vida por la patria*, *La guerra santa*, *¡A las armas!*, *A través del humo de la pólvora y de la lluvia de proyectiles*, y otros títulos por el estilo. En realidad, era siempre el mismo asunto con diferentes nombres. Novios o amigos, o hermanos y hermanas, se despedían mutuamente en escenas conmovedoras durante la movilización y volvían a encontrarse en circunstancias notables, generalmente en el conquistado París, aunque también en la patria, al regreso del victorioso ejército alemán. Este sencillo argumento se aderezaba con versos vulgares, notas tristes y mucho sentimentalismo. Los grandes hechos de la guerra se reducían al nivel de lo trivial.

Pasadas de moda estas representaciones, se acudió a las obras antiguas, con alusiones circunstanciales. De hecho, la calle con toda su vulgaridad, reinaba en el teatro.

Ahora, prácticamente, la guerra ha desaparecido de los escenarios alemanes. Si alguna alusión a la guerra persiste, es desapasionada. Los clásicos, incluso Shakespeare, se representan más que nunca. El tono general del teatro ha alcanzado un nivel muy alto. El teatro ha vuelto a desempeñar sus funciones educadoras, enseñando, divirtiendo y recreando, y es un antidoto contra el venenoso lenguaje de la prensa y las pasiones de la calle.

En Berlín, y las más de las grandes ciudades, todos los teatros y las dos óperas dan funciones cada día. Su repertorio es generalmente muy notable. Hasta los teatros más populares de los suburbios es

tán exentos de apasionamientos y estridencias. Corresponden a la tranquila, pero determinada, voluntad, que es el rasgo más saliente del pueblo alemán. Hay una marcada tendencia hacia la eliminación de todo linaje de diversión pública que induzca al pue-

blo a formar de la guerra otro juicio que el de ser una lucha nacional por la propia existencia, y en la cual es un solemne deber de todos los hombres y mujeres, tomar parte con todas las energías y con todo el espíritu de abnegación de que son capaces.

CRÓNICA MILITAR

I. Sobre la escasez de oficiales en el ejército ruso.—II. Los submarinos alemanes.—III. La campaña en el frente occidental.—IV. La retirada rusa en Galizia.—V. La campaña italo-austriaca.—VI. La situación el 13 de junio

I.—Sobre la escasez de oficiales en el ejército ruso

Entre las muchas sorpresas que la guerra nos ha deparado, no figura en último lugar la falta de oficiales que se viene advirtiendo hace dos meses en el ejército ruso. Se comprende y era de esperar que se presentara este motivo de debilidad en el ejército británico, y también, aunque en bastante menor escala, en el austriaco y el francés. Pero, aunque Rusia no se había preocupado demasiado de los cuadros de reserva, era tan numeroso su ejército activo, que se creía unánimemente no faltarían oficiales para los cuerpos que tomaran parte en la guerra, reduciendo al efecto los cuadros de los que quedaron en el interior del imperio.

Sin embargo, noticias de diversas fuentes que reputo fidedignas, atribuyen a la escasez de oficiales el enorme número de prisioneros hechos por los alemanes en las batallas de Galizia, y coinciden en afirmar que ostentan las insignias de oficial muchos jóvenes cuyos estudios se han reducido a un curso de siete meses. Si esto es cierto, no cabe negar la falta de oficiales, pero como se trata de un hecho, exacto o exagerado, es inútil discutirlo no poseyendo argumentos de *visu*. La consecuencia que de él se deduciría es la ya conocida: el ejército ruso ha sido destrozado, y como es natural el mayor tributo lo ha pagado la oficialidad.

Pero de la primera parte de la noticia no ha de inferirse la misma conclusión: podían hallarse casi completos los cuadros y, no obstante, perder las tropas su cohesión y desmoralizarse, entregándose en grandes núcleos. Esto no se concebiría en otro ejército que no fuera el ruso. El lector que recuerde lo que escribí sobre este particular en otra *crónica*, tendrá presente que el soldado ruso, que obedece con fe ciega y absoluta sumisión a sus jefes naturales, mira casi como a extraños a los oficiales que no sean los de su regimiento. Cada cuerpo es allí como una familia y existe marcado alejamiento entre unos cuerpos y otros. De esta suerte, al renovarse una y otra vez los cuadros de los regimientos por causa de las pérdidas padecidas, el espíritu del soldado sufrió una honda perturbación y le faltó la confianza que tenía en sus jefes; efecto agravado por los contingentes allegadizos que sucesivamente se iban fundiendo en los cuerpos para reponer las bajas de tropa. La doble renovación de oficiales y soldados, ejecutada repetidamente y antes de que se anudasen los lazos que siempre deben existir entre los unos y los otros, ha sido uno de los motivos princi-

pales de la descomposición de aquel ejército, refractario como ninguno otro a semejantes mudanzas.

II.—Los submarinos alemanes

La prensa inglesa, que sigue con especialísima atención cuanto se refiere a los submarinos alemanes, admite como un hecho indudable que varios submarinos alemanes pasaron el estrecho de Gibraltar, cruzaron todo el Mediterráneo, llegaron al Egeo y se incorporaron a la flota turca de los Dardanelos. A ellos se atribuye el hundimiento de los últimos acorazados británicos. Tan largo viaje no ha podido hacerse sin renovar la dotación de gasolina; pero como a la sazón Italia no había roto su neutralidad y los cruceros austriacos de gran marcha, del tipo *Nogara*, salieron al otro lado del canal de Otranto, no era problema de extraordinaria dificultad el abastecer a los submarinos, en puntos convenidos con anterioridad. Esos submarinos se cree que pertenecen al tipo más reciente, de un desplazamiento que se acerca a mil toneladas y de un andar superior a 16 millas, cuando navegan a flor de agua.

Otros submarinos, fraccionados en cuatro partes, fueron enviados, hace tiempo, por tierra a Turquía. Se les atribuye un tonelaje de unas 400 toneladas.

También la marina austriaca ha recibido el refuerzo de dos o tres submarinos alemanes, de tonelaje medio.

Puede contarse, en resumen, con una docena de submarinos en los Dardanelos, capaces de seguir dando serios disgustos a las flotas aliadas si se aventuran en el estrecho. Una estación de submarinos se encuentra, al parecer, en el golfo de Smirna, y se cree que se está preparando otra en el litoral S. de Siria, con miras al canal de Suez.

Además del aumento de tonelaje, esta terrible arma alemana ha sido objeto de otros perfeccionamientos. Los últimos modelos llevan tubos de lanzar, tanto a proa como a popa, de modo que pueden disparar torpedos en cara y en retirada, lo mismo cuando atacan que cuando huyen, lo que les hace doblemente peligrosos. Por otra parte, se han puesto en servicio una nueva especie de torpedo, mucho más potente que el anterior; uno solo de los primitivos no bastaba, generalmente, para echar a pique en pocos minutos a un barco de gran tonelaje, si este barco tenía cerrados los compartimientos estancos y había adoptado las precauciones adecuadas contra los incendios; pero el nuevo torpedo lleva una carga de cerca de 200 kilogramos de los más potentes explosivos, y a distancias medias destroza la

obra viva y los efectos de su explosión se propagan a toda la estructura interior. Uno de esos torpedos fué el que sirvió para hundir el *Lusitania*.

Con estos progresos en los submarinos y en los torpedos, y con la gran práctica y experiencia que han adquirido las tripulaciones alemanas en el manejo de unos y otros, ha surgido un temible enemigo para los barcos de combate británicos cuyas bases parece que se van reduciendo a las existentes en el mar de Irlanda y en la costa S., para librar a los acorazados del nuevo y no menor peligro a que les expondría un ataque aéreo.

III.—La campaña en el frente occidental

Han transcurrido cinco semanas desde que se inició la ofensiva francesa al N. O. de Arras; ha sido la más persistente y la empeñada con más tropas en los últimos seis meses. Gracias a la violencia del ataque inicial y a la desproporción de fuerzas, los franceses obtuvieron pequeños éxitos en las jornadas primeras, necesitando luego varias semanas para afirmarlos y completarlos. Desde las trincheras que ocupaban los franceses el 5 de mayo hasta Souchez, que limita el avance máximo, hay una distancia de cuatro kilómetros. El ataque se llevó sobre un frente de quince kilómetros, y la profundidad media de la zona conquistada es de un kilómetro o poco más. Esta línea estaba guarnecida por una división de reserva alemana, y cayeron contra ella cinco cuerpos de ejército, de modo que en los primeros combates la relación de fuerzas era de 20 a 1. Poco a poco llegaron refuerzos a las posiciones alemanas, sin que, al parecer, excedan allí las tropas de tres divisiones. La configuración general de los frentes beligerantes no se ha modificado, y la línea alemana es tan continua como era a primeros de mayo, lo cual quiere decir que no ha sido rota, sino empujada ligeramente hacia el E.

Estos hechos dan a comprender que si en el terreno táctico han obtenido algunos éxitos los franceses, ha fracasado su tentativa en el concepto estratégico. Un ejército y parte de otro se han agotado en un mes de combates, sin conseguir derrotar al enemigo, ni obligarle a variar la disposición general de sus fuerzas. Se comprende fácilmente que si el invasor ha de ser desalojado del territorio que ocupa por métodos tan lentos y a costa de tantas bajas—exceden de 40.000 hombres,—perecería hasta el último hombre del ejército francés antes de que los alemanes fueran arrojados a sus fronteras. La consecuencia es la misma que venimos deduciendo desde noviembre: no se descubre la posibilidad de que los aliados obtengan una victoria decisiva.

Tampoco esta presión al N. O. de Arras ha tenido una trascendencia de orden general, puesto que la campaña contra los rusos se ha desarrollado con toda energía y no han sido desguarnecidas las fronteras italianas.

Cada intento ofensivo que fracasa, desmoraliza y desalienta al mando; se arraiga en él la convicción de que los esfuerzos serán estériles, y que cuanto más se prodiguen tanto peor será el estado en que se encontrará el ejército francés el día en que los alemanes se hallen en disposición de atacar a su vez.

El dilema que se ofrece a los generales anglo—

franceses es desconsolador: si no atacan, el enemigo refuerza sus posiciones, cobra ánimo y queda en libertad para terminar tranquilamente la campaña contra Rusia y volver luego sus armas contra Francia; si se le acomete, como en Champaña, altos del Mosa y N. O. de Arras, se quebranta el ejército aliado, sin dañar gravemente al adversario ni perturbar la ejecución de sus planes en otros teatros. Ambos partidos son malos, y si no existiera un tercero habría que concluir que Francia no tendría más remedio que resignarse a la derrota. Es dudoso, sin embargo, que los aliados recurran a la única solución que pudiera ser salvadora: un ataque a fondo con casi todas las tropas reunidas y sin reparar en sacrificios, cubierto por demostraciones en otros puntos, para lo que les capacita su enorme superioridad numérica.

Mientras el poderío militar de Rusia fué efectivo y la atención de los aliados no se desvió hacia otros teatros, el método que podríamos llamar conservador de prolongar la guerra y rehuir una batalla decisiva, fué en la apariencia el mejor y desde luego el más prudente: conservar íntegros los recursos propios, mientras el enemigo consumía los suyos en otros teatros. Pero una vez Rusia descendió hacia el ocaso, sin que por ello redujera la fuerza de resistencia del frente alemán en Francia, y emprendida la malaventurada expedición a los Dardanelos, los aplazamientos no eran ya ganancia, sino pérdida de tiempo, porque se permitía a los alemanes el ir rematando sucesivamente sus campañas y se renunciaba, de grado, a la principal ventaja de la alianza con Rusia. En la estación en que nos encontramos, la más favorable para las operaciones, representa más la pérdida de un día que la de una semana en diciembre o enero, y como esto no lo desconoce el general Joffre, habrá que concluir que si no toma esa ofensiva resuelta, pase lo que pase, es sencillamente porque no puede. Cuál sea el motivo de la imposibilidad, no me atrevo a asegurarlo; pero no reside en la insuficiencia de tropas, ni en la escasez de municiones.

Trasladándonos al campo alemán, debe haber un número prodigioso de baterías en el sector de Arras y en Flandes. La artillería es el arma de que se están valiendo con preferencia los alemanes para contener los ataques del adversario. Un dato da a conocer la verdad de esta afirmación. En la primera semana del presente mes, ni los ingleses salieron de sus líneas para atacar al enemigo, ni éste repitió sus asaltos de mayo contra las posiciones de Ipres; los partes oficiales casi no contenían alusiones a lo que acontecía en Flandes. No obstante, en la referida semana perdió el ejército británico expedicionario a Francia más de 10.000 hombres, y el 5 de junio las bajas llegaron a la cifra de 3.333, de ellas 509 prisioneros. ¿Cómo en la guerra de trincheras y en los pequeños ataques y contraataques en que toman parte una o dos compañías, perdieron los ingleses tantos hombres, conservando, empero, sus posiciones en conjunto? Ha de atribuirse a la artillería ese papel destructor, completado por pequeños contingentes de infantería.

La fabricación de material de artillería en los talleres de Krupp ha alcanzado un desarrollo prodigioso desde que estalló la guerra. Es posible también

que los muchos centenares de piezas capturadas por los alemanes, hayan sido transformadas en aquellos establecimientos, o solamente recompuestas y arregladas, fabricándose las municiones especiales que necesitan. Esto es una mera presunción, fundada en el hecho—que se declara en los partes oficiales rusos y aliados—de ser incontrastable la superioridad en artillería de los alemanes, y en el segundo hecho de que todo el material apresado en buen estado se envía sin pérdida de tiempo a las fábricas de Krupp. Cuando la crisis de artillería y municiones se ha hecho tan aguda en Inglaterra y Rusia, habiendo asomado también en Francia, sorprende—aun a los conocedores de los recursos del Imperio—que Alemania prodigue los cañones y los proyectiles, y haya sabido organizar de un modo perfectísimo la difícil cuestión de hacer llegar a los infinitos puntos de sus dos teatros, cañones y proyectiles en número bastante para hacer frente a las más graves contingencias.

Esta organización de los servicios de retaguardia y de las líneas de comunicaciones, junto con el aumento de los escalones de municionamiento, está contribuyendo, tanto acaso como las trincheras, minas y fortificaciones, a que resistan con éxito los alemanes las acometidas de un ejército de fuerzas triples, por lo menos.

Al S. O. de Arras, al O. de Soissons y en otros puntos del frente, han pronunciado los franceses algunos ataques, sin resultado. Tal vez el primero sea el preludio de una acción más intensa, pero lo probable es que sólo se trata de combates debidos a la iniciativa de los comandantes de sector, con el propósito de que no decaiga la capacidad guerrera de las tropas.

La verdad es que la superioridad numérica de los aliados no se pone de manifiesto en ninguna parte, y que el arte de la guerra ha decaído en Francia de un modo casi inconcebible. Esperemos que no transcurrirá mucho tiempo sin que la guerra recobre la actividad que la caracterizó en agosto y septiembre. Comparando las operaciones en el Oeste con las que se desenvuelven en el Este, aparecen tan insignificantes que ni siquiera se las debería mencionar; si de vez en cuando me ocupo en ellas es por la extensión que se da a su relato en los partes oficiales, lo cual podría dar a entender un estado de cosas muy apartado de la realidad.

Mientras los alemanes luchan contra Rusia, la inactividad de los aliados en el frente occidental equivaldrá a una sucesión de triunfos para los primeros, porque se encuentran en un caso parecido al de una plaza fuerte, copiosa e incensantemente abastecida, que tiene a raya al sitiador y aguarda la llegada de un poderoso ejército de socorro que no ha de tropezar con obstáculos en su marcha.

IV.—La retirada rusa en Galicia

Toda la campaña de Manchuria, en lo que concierne a los rusos, puede compendiarse en cuatro conclusiones: 1.^a fueron maestros en la organización defensiva de posiciones y presentaron en ellas una resistencia casi invencible contra los ataques de frente; 2.^a las maniobras envolventes, o simplemente los ataques de flanco, mataron la serenidad y la con-

fianza en sí mismo, en el mando, le hicieron vacilar, y sobrevino la retirada, aun después de batallas victoriosas; 3.^a no supieron maniobrar, ni patentizaron cualidades ofensivas; 4.^a gracias a la cohesión de las tropas y al estado de quebranto de los japoneses, por la tenacidad de la defensa, las retiradas se hicieron en buen orden, y el ejército escapó una y otra vez a la derrota final. Rusia fué vencida, pero el ejército ruso no llegó a ser fuertemente derrotado.

Este mismo cuadro es el que ofrece el ejército moskovita desde el mes de agosto, aunque acentuado en términos desfavorables por ser alemanes y no japoneses sus actuales adversarios; y las operaciones en Galicia han sido la demostración más palmaria de la característica de aquellas tropas: no saben llegar al éxito y evitar la derrota, pero, una vez vencidos, atenúan las consecuencias del vencimiento y escapan al golpe final y decisivo.

No he de volver sobre la primera fase de la campaña en Galicia, ni insistir más en los errores capitales de repartir las fuerzas en lugar de concentrarlas. Me limitaré a examinar el segundo período, que se abre con la retirada desde el San.

Con anterioridad a la reconquista de Przemyśl, los alemanes dibujan dos movimientos envolventes y dos rupturas del frente enemigo. Desde Jaroslau hacia el S. E. y desde Sambor hacia el N., dos columnas marchan sobre Grodek para cortar la retirada a las tropas que se baten en Przemyśl; esta doble maniobra, si tiene éxito, situará a los austro-alemanes en el flanco de los rusos que hay en la Galicia central, poniéndoles en una situación crítica. En la dirección de Strij, otro ejército trata de llegar al Dniester, rompiendo el frente ruso y separando el centro del ala izquierda; y desde Nadvorna, otra masa se prepara a destruir la referida ala izquierda.

En presencia de maniobras tan bien concertadas y ejecutadas con diligencia y energía ejemplares, los rusos obran con una rapidez que no supieron desplegar en ninguna ofensiva: la guarnición de Przemyśl evacua la plaza, y escapa a toda prisa hacia Grodek, sin que lo adviertan los austro-alemanes a pesar de que los caminos por donde aquella desfila están bajo el fuego de la artillería de los segundos. Simultáneamente con esta retirada, los rusos son derrotados en Strij y las vanguardias del ejército de Lisíngen llegan y aun cruzan el Dniester; fuertes contingentes rusos se encuentran todavía al S. de este río, y por un momento parece que ha sido roto el centro moskovita; pero la solidez de las tropas vuelve a manifestarse, se lucha desesperadamente en las cabezas de puente, y al cabo el ejército logra retirarse hacia el N., muy quebantado, sí, aunque conservando el enlace todos los cuerpos del centro y éste con las alas. La línea rusa ha sido empujada en masa, pero no rota; antes la retirada en Przemyśl y ahora al N. de Strij, salvan la situación.

No se hace esperar un nuevo contratiempo: Stanislau cae en poder de los austro-alemanes; ¿quedará por fin aislada y cortada el ala izquierda enemiga? ¿será arrojado el centro hacia el N. O., contra las tropas victoriosas que se movían desde Jaroslau y Sambor? Con anterioridad a la caída de Stanislau, casi toda la artillería rusa desde este punto a Strij ha sido trasladada al otro lado del Dniester; la línea se extiende sin interrupción por la orilla N. de este río;

todavía se encuentran algunas tropas al S. del Dniester, al N. O. de Stanislau, pero se salvan merced a una contraofensiva violenta, ejecutada con la ayuda de fuerzas de refresco.

La situación más interesante es la que se presenta entre el Dniester y el Pruth, al N. de la Bukovina y al N. E. de Kolomea. Como desde este punto a Stanislau ha avanzado la línea austro-alemana, queda descubierto el flanco de los rusos que se encuentran entre aquellos dos ríos: una nueva victoria de los germanos, y el ala izquierda rusa quedará cortada y en peligro de ser destruida. Si incomprensible fué—dejando aparte la actitud de Rumanía—la concentración de fuertes masas al N. de la Bukovina, cuando tanta falta hacían en otra parte, y si todavía causó más asombro la ofensiva tomada hacia la línea del Pruth coincidiendo con las derrotas del Visloka y el San, el pasmo de los que seguimos la guerra desde lejos llegó a su punto culminante al saber que las referidas fuerzas continuaban tranquilamente entre los dos ríos, sin darse cuenta de la tempestad que se acercaba. En el momento crítico, al prepararse los austro-alemanes a conversar contra el ala izquierda enemiga, ésta se repliega y rehuye la estocada. No se ha recibido ningún parte que declare este hecho, pero hay que presumirlo, toda vez que los débiles destacamentos austriacos del Pruth han cruzado el río y tomado la ofensiva, ataque que no emprendieran si el enemigo no hubiera comenzado la retirada.

La indolencia y desmayo de la estrategia rusa, ceden su puesto a la actividad y la resolución cuando se trata de burlar la persecución que ejecuta el adversario; la guerra así se prolonga, pero no conduce a la victoria, porque la equivocación fundamental de Napoleón en 1812, no es probable que la registre de nuevo la historia.

V.—La campaña italo-austriaca

Que el problema que se les presenta a los italianos no es llano y fácil; que el paso del Isonzo en su curso inferior conviene que vaya precedido o acompañado por la ofensiva en la parte alta del río, al objeto de cubrir el flanco izquierdo; que el ataque en la dirección de Tarvis ha de tener como premisa la conquista de los pasos de los Alpes Julianos, y la de éstos la posesión de las fronteras del Trentino, hasta llegar al puerto de Stelvio, junto a la frontera suiza; son las razones con que se pretende justificar la timidez y lentitud de las operaciones italianas, aunque sin convencer a nadie. Porque no es ninguna novedad que los comienzos de todas las campañas son difíciles, y que jamás se ha despejado una situación estratégica con el rigor y el acierto con que se resuelve un problema matemático. Tiempo más que sobrado han tenido los italianos para elegir su plan, luego de estudiadas todas las hipótesis sobre la actitud de su enemigo, y no puede admitirse que al cabo de seis meses de preparativos duden y vacilen todavía sobre el partido que han de tomar.

Cuando una nación se lanza espontáneamente a la guerra—que es el caso de Italia—ha formado previamente su composición de lugar, ha establecido definitivamente un plan, y sólo resta ejecutarlo. Pero es el caso que después de tres semanas de hostili-

dades y a pesar de la actitud defensiva de los austriacos, la resolución no aparece, ni siquiera se vislumbra. No ha faltado tiempo para la concentración, ni para el despliegue estratégico; lo ha habido abundante para reconocer las posiciones y fuerzas enemigas a lo largo de la frontera; se sabía de antemano que Alemania no había llevado fuerzas al Tirol, ni a la Carniola; era un hecho palmario que casi todo el ejército austro-húngaro estaba luchando contra los rusos.... Pocas veces se ha comenzado una guerra bajo tan favorables auspicios. El 23 de mayo debió terminar el período de discusión y reflexión sobre lo que había de hacerse, y llegó la hora de obrar. No obstante, los italianos parecen titubear, vacilar; muestran una especie de timidez y recelo propias del que teme tropezar con algo desconocido, imprevisto y desagradable.

La explicación que primero se ha ocurrido es inaceptable: obrando paso a paso, con lentitud y método, los italianos obtienen pocos éxitos, pero los que ganan son firmes y seguros. La historia enseña cumplidamente que los choques de los ejércitos desbaratan y derrumban todas esas ventajas iniciales, porque jamás revisten la única solidez real: la solidez dimanante de la victoria. Esta se logra atacando a los núcleos enemigos, y para atacarlos hay que arriesgarse. Ganar sin exponerse a perder, es imposible en la guerra, y esta idea imposible es la que parece presidir las operaciones italianas.

Dado el carácter vehemente, apasionado e impresionable del soldado italiano, la lentitud en las primeras operaciones tiene consecuencias desmoralizadoras, toda vez que si se extrema la prudencia a pesar de estar el enemigo a la defensiva, prueba será para el soldado que los austriacos son unos adversarios temibles y formidables. Esto aparte de que cada día que transcurre mejora la situación general de los imperios centrales y se dificulta la labor de los italianos.

Llegados éstos a las orillas del Isonzo, la discordancia entre sus partes y los austriacos es radical y recuerda la de los despachos alemanes y franco-belgas en el mes de agosto. El tiempo dirá si asistía la razón al invasor, que pretende haber cruzado victoriosamente el río, o a los austriacos, que afirman haberle rechazado. Las fuerzas empeñadas en esta operación son relativamente escasas: una fuerte vanguardia del ejército concentrado en el Friul.

En el resto del frente la situación sigue estacionaria: escaramuzas, duelos de artillería y reconocimientos; en el valle del Adige, los italianos todavía no se han movido al N. de Ala, y en la región de las montañas no ha caído aún en sus manos ningún paso fronterizo; operan en ella las tropas alpinas. Las tirolesas austriacas—también tropas de montaña—estaban casi en su totalidad en Galizia al declarar-se la guerra.

VI.—La situación el 13 de junio

Mientras en el teatro occidental la situación sigue estacionaria, sin que aparezca un fuerte movimiento ofensivo en ningún punto del frente, los últimos días han sido pródigos en incidentes en Galizia.

Los austro-alemanes habían detenido su marcha al E. de Przemyśl, tanto o acaso más que por la ame-

naza de las tropas rusas que intentaban desembocar desde el N. sobre Jaroslau, por la concentración del enemigo alrededor de Lemberg. A este punto, en efecto, capital y centro de comunicaciones de Galizia, llegaron los refuerzos rusos disponibles, y hacia el mismo sector se corrieron, por fin los cuerpos tan estérilmente destacados y mantenidos al N. de la Bukovina, entre el Dniester y el Pruth. Aunqueterde, concluyeron los rusos por advertir las ventajas de la concentración de tropas y esfuerzos, y los inconvenientes de diseminar las tropas y romper la unidad de su acción.

No pudiendo los alemanes comprometer más su ala izquierda, al N. E. de Przemyśl, para llevarla contra Lemberg, el ejército de Lisingen, en el centro, atacó a los rusos al S. del Dniester, en la región cuyo centro es Zuravno, ocupó esta población, forzó el paso del río y por un momento pareció quedar rota la línea rusa. Más al E., otro ejército trató de cerrar el claro entre el Dniester y el Pruth, para cortar el ala izquierda rusa. Los movimientos que a la sazón efectuaba el enemigo, desbarataron esta maniobra.

Contra las tropas de Lisingen, fuertes columnas rusas acudieron desde el N., rechazaron a los austro-alemanes, los arrojaron al otro lado del Dniester y recuperaron Zuravno. Nuevamente las operaciones se trasladaron al S. del río. Este éxito fué, sin embargo, efímero, porque antes de las cuarenta y ocho horas de obtenido, Lisingen volvía a adueñarse de Zuravno y empujaba al enemigo hacia el N. Los ataques de von Pflanzon, entre el Pruth y el Dniester, tropezaron con vigorosa resistencia, y aunque los austro-alemanes ganaron terreno, no lograron sin embargo separar el centro ruso del ala izquierda, condición esencial para que la destrucción de esta ala y la maniobra convergente sobre Lemberg fuese coronada por el éxito.

De esta suerte, la situación general puede definirse como sigue: un cuerpo ruso en el bajo San, frente a otro austriaco, extendiéndose hasta el Víznia; actualmente se mantienen ambos a la expectativa y las operaciones que realicen sólo tienen una influencia indirecta sobre la fase capital de la campaña. La masa rusa se encuentra al O., S. y S. E. de Lemberg, bien unida con el ala izquierda, que se repliega sobre el Dniester y se mueve hacia el O. para unirse cada vez más estrechamente con las tropas de Lemberg y rehuir el peligro de ser arrojadas a la Besarabia o precipitadas en el Dniester. Frente a todas estas

fuerzas, los austro-alemanes forman un arco, cuya concavidad mira al N., el cual arranca desde el camino de Grodek, al N. E. de Sambor, y pasa por Zuravno, terminando al N. del Pruth. De ello resulta que el frente alemán es más extenso que el ruso y tiende a abrazarlo. Para conseguirlo, se ha iniciado un avance desde la frontera de la Bukovina hacia el Dniester, región casi evacuada por los rusos; si los austro-alemanes cuentan con suficientes fuerzas en aquella región, lo cual es dudoso, es de suponer que ellas conversarán luego hacia el O., abatiéndose en la dirección de Lemberg. Pero las distancias a recorrer son largas, y los rusos, gracias a la reunión final de sus cuerpos, se encuentran en una situación parecida a la que ocuparon al O. de Varsovia y puso fin a la ofensiva alemana en diciembre. Con todo, carecen aquí de las buenas comunicaciones de retaguardia, relativamente abundantes, con que cuentan en Polonia, y tampoco les apoya y garantiza una plaza tan fuerte como es Varsovia. Por estos motivos, aun siendo mejor la situación de los moskovitas que hace quince días, no es tan firme como la que se creó en Polonia. Si fueran derrotados tan eficazmente como lo fueron en el Dunajec, las consecuencias serían más graves todavía, por el hecho mismo de estar concentrados sus cuerpos y alcanzar a todos ellos la derrota. Todo depende del estado en que se encuentre el ejército austro-alemán, que lleva mes y medio de operaciones y marchas incesantes. En lugar de escalonar las operaciones contra el ejército ruso de Galizia en dos campañas, el mariscal Hindenburg trata de rematar su labor estratégica en una sola, tarea difícil e inmensa, pero la más fructífera y decisiva si la corona la victoria. Si el vencedor no está agotado, no interrumpirá su ofensiva, para no dar tiempo a que se presenten más tropas de refresco en el campo ruso.

De los demás teatros de la guerra nada hay que decir, porque no han ocurrido en ellos acontecimientos de interés.

Noticias, que repito fidedignas, dan a comprender que se preparan nuevas operaciones en Francia, a las cuales se quiere dar una energía superior a la que han tenido las anteriores.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

13 de junio 1915.